

NACIMIENTO Y DESARROLLO DE LA VIDA PSÍQUICA.

S. Bydlowski, C. Graindorge

Este artículo presenta el momento actual de los conocimientos e hipótesis concernientes al surgimiento de la vida psíquica del bebé. Son recordadas ciertas concepciones clásicas (la del cuerpo del bebé como vía real para el acceso a los procesos psíquicos), luego detalladas las principales adquisiciones de la psiquiatría perinatal (competencias precoces del bebé, acuerdo afectivo o mejor dicho, armonización afectiva, transmodalidad...). Descubrimos que el desarrollo no es una acumulación de adquisiciones y conocimientos, exigiendo en cada nueva etapa la pérdida de un equilibrio y la búsqueda de una nueva posición psíquica. Progresos tristes y triunfos nostálgicos, originándose cada progreso en la pérdida. A través de la armonización afectiva, la puesta en ritmos congruentes de los diferentes canales de comunicación sensoriales entre la madre y el niño permite la emergencia de la intersubjetividad. En fin, son tratadas algunas problemáticas actuales relacionadas con el bebé: la cuestión de las emociones y la del pensamiento. El papel de las emociones está desarrollado a lo largo de la investidura y de la representación del objeto. El niño es muy pronto competente para decodificar el estilo interactivo del adulto y las variantes de este estilo. Los continentes emocionales preceden así a los continentes de las ideas; como el acceso a las emociones propias supone un rodeo a través del otro, esto hace que los afectos y emociones se co-construyen en el seno de cada día.

Palabras clave: Bebé; Competencias precoces; Desarrollo psíquico; Armonización afectiva; Interacciones; Intersubjetividad.

Introducción.

El estudio del bebé otorga al cuerpo y a sus funciones una plaza central, en la medida en que representan, en la primera infancia, un lugar de expresión privilegiado del sufrimiento psíquico y/o de una disfunción relacional entre el lactante y su entorno. Por analogía con el sueño que representa la vía real de acceso al inconsciente, el cuerpo del bebé debe ser considerado como un equivalente de la escena psíquica. El cuerpo del bebé es incluso para Golse, a quien debemos el haber puesto en forma la suma de teorías concernientes al psiquismo inicial del niño, la “vía real de acceso a los procesos de subjetivación, de simbolización, de semantización y de semiotización en la especie humana”. En efecto, el conjunto de interacciones precoces vividas por el niño en su cuerpo y en su comportamiento da lugar a una actividad de mentalización y de figuración esencial en la ontogénesis de su aparato psíquico.

Los procesos de mentalización y de “psiquización” son así procesos eminentemente interactivos que no pueden ser considerados solo desde el punto de vista del niño. Para ser comprendidos, deben necesariamente ser abordados a través de un rodeo por el psiquismo del adulto, que vuelve pensable al bebé lo que le es primero impensable por sus propios medios, fundando de este modo las bases de su propio aparato psíquico.

El lactante, dotado desde su nacimiento de temperamento y competencias específicas, es un “ser en devenir”. El desarrollo de su personalidad, estrechamente dependiente de su inmadurez, se hace a partir de “su unidad primera con los cuidados maternos”. La madre y el bebé, díada asimétrica, dejarán este estado de fusión-confusión

primera a través de una transacción continua, de una espiral interactiva, fuente de placer-desagrado recíproco. El desarrollo del niño, tanto corporal como psíquico, no puede pues ser conceptualizado mas que en el marco de su sistema interactivo, diádico y triádico.

La observación del lactante permite así acceder al pensamiento por sí mismo, pensamiento en acción y experimentado en el comportamiento: pensar, actuar y volver a sentir revelándose como rigurosamente indisociables en el bebé. Los mensajes corporales y los comportamientos más generales de un bebe constituyen, desde esta perspectiva, una forma de “relato de su historia interactiva precoz”.

Sin embargo, los estudios recientes sobre las competencias precoces del bebé, los datos recogidos por la técnica de la observación directa, el análisis detallado de los sistemas interactivos y el estudio cada vez más profundo de las psicopatologías arcaicas permiten un mejor conocimiento de los niveles infraverbales de la comunicación y del impacto de la intersubjetividad sobre el desarrollo psíquico del niño. Desde esta perspectiva, este artículo presenta conceptos y búsquedas actuales concernientes a un cierto número de cuestiones difíciles encontrándose así renovados: ontogénesis de la persona y del sentido de Sí-mismo, puesta en marcha del aparato psíquico, emergencia del pensamiento y de las primeras representaciones mentales, instauración de los procesos precoces de simbolización.

Competencias precoces del bebé.

Largo tiempo considerado como un ser pasivo, el lactante aparece, al contrario, dotado de pronto de competencias precoces, notablemente interactivas, haciendo de él un ser de orientación social inmediata. Como vamos a ver, las competencias del bebé y las del adulto armonizan de manera estrecha a fin de permitir y de organizar los diferentes niveles de interacción.

Es importante, no obstante, subrayar que el conjunto de competencias descritas en el neonato no aparece espontáneamente en el seno de su sistema interactivo. En efecto, el término mismo de “competencia” incluye la noción de virtualidad, de potencialidad, su actualización constituye su expresión. De este modo, la expresión de estas competencias no es automática y depende de numerosas variables, tales como las condiciones de presentación del estímulo y el estado de vigilancia del bebé. La capacidad de regulación fina de sus estados de vigilancia debe ser particularmente considerada como una competencia fundamental, en la medida que constituye la tela de fondo sobre la cual se actualiza el conjunto de las demás competencias de las que el bebé dispone.

Competencias sensoriales del neonato.

La mayoría de las competencias sensitivo-sensoriales del bebé tienen su origen en el curso del desarrollo de la vida prenatal.

- Capacidades visuales.

Está bien estudiado que la agudeza visual es máxima para una distancia de 20 o 30 cm, distancia que corresponde aproximadamente a la que separa el rostro del neonato del de su madre cuando amamanta.

Además, el bebé es capaz de un comportamiento de seguimiento cabeza-ojos en 180 grados, teniendo probablemente por origen su preferencia por las formas complejas, próximas al rostro humano.

- Capacidades auditivas.

En respuesta a los sonidos situados en la gama de frecuencia de la voz humana, el neonato suspende su actividad, presenta una bradicardia y orienta con atención sostenida su cabeza hacia la fuente sonora. Desde los primeros días muestra una preferencia marcada por la voz de su madre.

- Capacidades olfativas.

Desde el tercer día de vida, el bebé puede discriminar el olor del cuello y del seno materno, y construye así una especie de tarjeta de identidad química de su madre.

- Capacidades táctiles y gustativas.

Menos estudiadas, son probablemente en parte operacionales desde la vida intrauterina.

- Capacidad de percepción transmodal.

Conviene aquí añadir que el bebé posee una capacidad de percepción llamada “transmodal”, que le confiere la capacidad de transferir informaciones recibidas por un canal sensitivo-sensorial dado hacia otro canal. Así, si un bebé de días chupa una tetina de un cierto modo sin haberla visto jamás, es enseguida capaz de orientar de forma preferente su mirada hacia la representación gráfica de esta misma tetina, presentada a través de diferentes dibujos de tetinas de formas variadas. El bebé tiene pues la capacidad de extraer de sus sensaciones táctiles una estructura morfológica que sitúa enseguida en el seno de sus sensaciones visuales, lo que ciertos autores consideran ya como un “verdadero trabajo de abstracción”.

Competencias motrices.

Son puestas en evidencia en el curso de las experiencias de “motricidad liberada”. Desde el décimo día de vida, si sostenemos firmemente la nuca del bebé, se observa una disminución, hasta una desaparición, de los movimientos parásitos, de los comportamientos estereotipados y de la motricidad refleja. Es entonces posible observar, sobre el fondo de una atención visual acrecentada por parte del niño, capacidades de prensión netamente más finas que las observadas en situación espontánea.

Competencias sociales.

El neonato posee capacidades de imitación, en particular a nivel de la esfera oral. Con algunos días de vida, el bebé imita de manera sincronizada al adulto que le hace caras y le saca la lengua, abre y cierra la boca. Se observa entonces verdaderas ecopraxias que participan probablemente de la génesis de las primeras representaciones mentales.

La sincronía interactiva es una característica de la comunicación humana y constituye el pilar de la comunicación infraverbal, aún llamada comunicación analógica. Se trata de una capacidad de adaptación recíproca de los microcomportamientos dando lugar a una suerte de danza mutua, el “diálogo tónico”.

Competencias mnésicas.

Desde los primeros días de vida, el bebé posee una memoria motriz, que le confiere posibilidades de ejecución diferida de varias horas. Sin embargo, esta memoria precoz esta contextualizada de modo importante, es decir, que el contexto en el cual se ha desarrollado el aprendizaje del acto motor es esencial, tanto por su engramación como por su réplica.

Existe también precozmente una memoria de reconocimiento participando en el tratamiento de la información, que se integra primero en una memoria procesal. Esta última, forma parte de la memoria a largo plazo, implícita, no verbalizable, inconsciente, y constituye una clase de memoria motriz refleja. Secundariamente, la memoria de reconocimiento, por desactivación, categorización y jerarquización, es integrada en una memoria episódica y semántica posterior. Estos dos últimos tipos de memoria forman parte de la memoria a largo plazo explícita, declarativa. La memoria episódica almacena las informaciones tal y como son percibidas y en su contexto, es la memoria de la historia individual de cada uno en la cual son repertoriados todos los sucesos vividos. La memoria semántica almacena las relaciones entre las palabras, entre las ideas, etc., es la memoria de todos los aprendizajes.

Capacidades cognitivas y epistemofílicas.

Estas competencias proceden de las precedentes y de las competencias interactivas del niño. En efecto, el bebé parece cogerle el gusto a sus aprendizajes y notablemente al hecho de descubrir y de volver a sentir que sus acciones tienen un efecto sobre el entorno, que es así el agente activo de ciertos acontecimientos. Podríamos hablar aquí de un placer de dominio o de maestría. Parece que el niño no viva en un mundo cerrado, sino que, al contrario, perciba numerosos signos externos y sea de golpe capaz de comunicarse con su entorno.

Además, Tardos ha descrito en el bebé, diferentes estados de atención (atención sostenida, atención dispersa, atención concentrada...) Sin embargo, es importante subrayar que la atención del bebé sobre los objetos y las personas depende fundamentalmente de la calidad de la atención prestada al niño por los adultos.

Competencias interactivas.

Cinco tipos diferentes de interacciones son habitualmente distinguidas: las interacciones biológicas, comportamentales, afectivas, fantasmáticas y las interacciones simbólicas.

Interacciones biológicas.

Están ligadas a los cambios químicos entre madre y niño. Se trata pues

esencialmente de interacciones feto-maternales de la vida intrauterina. La implantación del embrión es, en particular, el fruto de interacciones inmunológicas complejas, en la medida que todo embarazo constituye una especie de injerto que debería normalmente ser objeto de un rechazo biológico, en razón de la contribución antigénica paterna, extraña al organismo materno.

Interacciones comportamentales.

También llamadas interacciones naturales o etológicas, se inician en el período prenatal. Ciertos estudios evidencian la sensibilidad del feto a las modificaciones de presión intrauterina. Estas interacciones están igualmente en el corazón del período postnatal y son objeto de regulaciones comportamentales y microcomportamentales diversas. Son descritas por Wallon bajo el término de “diálogo tónico”.

Interacciones afectivas. Acuerdo afectivo o armonización afectiva.

Estas interacciones permiten a la madre y al niño ponerse en sincronía en el plano de sus afectos y de sus emociones y ser informados, cada uno, sobre el estado afectivo o emocional del otro. El “acuerdo afectivo” o “armonización de los afectos” descrito por Stern es probablemente el mecanismo central que sostiene este nivel de interacciones. El acuerdo afectivo, cuyo funcionamiento es automático o inconsciente, consiste en un sistema de signos y de respuestas en eco, teniendo una estructura isomorfa a la de los signos. Diferentes parejas de oposición permiten caracterizar el acuerdo afectivo que puede ser unimodal o transmodal, inmediato o diferido, atenuado o amplificado, y así, definir un estilo interactivo propio de cada díada. De este modo, si el bebé emite una señal por el canal vocal, la madre, sin darse cuenta, le reenvía una respuesta de idéntica estructura morfológica:

- * Sea utilizando igualmente el canal vocal: se trata pues de un acuerdo unimodal.
- * Sea pasando por otro canal (el tocar, la mirada...), se trata pues de un acuerdo transmodal.

El punto fundamental es que esta armonización de los afectos descansa sobre una homología de estructura entre los signos y las respuestas de los dos participantes en la interacción, permitiendo, a partir del octavo o noveno mes de vida, a los procesos de acuerdo afectivo funcionar en el seno de una verdadera reciprocidad. En efecto, se convierten en particularmente operantes a partir del segundo semestre de vida del bebé, período en el que el niño accede a una cierta intersubjetividad, mientras que funcionan en la madre desde el primer semestre. El bebé por sí mismo se convierte entonces en un ser capaz de sintonizar afectivamente con el adulto, según modalidades que comportan una posibilidad de transmodalidad comparable a la del adulto.

A través de la armonización afectiva, las respuestas del adulto confortan los cimientos narcísicos del bebé, es decir favorecen la instauración de una continuidad del sentimiento de existir, informándole sobre la naturaleza de los signos que emite, y permiten al niño estar informado sobre el estado emocional de su compañero relacional, el cual, por su parte, se pone en resonancia con el estado emocional del niño. Un juego de correspondencias intermodales se instala así progresivamente.

De este modo, el bebé reconoce poco a poco el estilo interactivo de sus principales compañeros relacionales, a partir de lo cual, construye “representaciones de interacciones generalizadas” o “envolturas protonarrativas”: “Las representaciones abstractas que el bebé experimenta, no son imágenes, sonidos, tocamientos y objetos que puedan nombrarse, sino más bien formas, intensidades, figuras temporales, o sea caracteres más globales de la experiencia”. Es desde esta perspectiva que Stern introduce el término “feeling shapes”, verdaderas líneas emocionales y temporales del bebé, que le permiten un reconocimiento y una investigación del objeto por el aspecto de sus contornos rítmicos e interactivos, antes incluso de que pueda reconocerlo por sus especificidades formales y estáticas. Estos datos recientes tienden así a aclarar la proposición de Lebovici, según la cual: “la madre es investida antes de ser percibida”.

Es, pues, la aptitud particular del bebé para la percepción transmodal la que le permite construir sus “representaciones de interacciones generalizadas”, en la medida en que estas reenvían probablemente a la liberación transmodal de invariantes ligadas a los diferentes componentes del acuerdo afectivo del adulto. Esta aptitud de la transmodalidad del bebé constituye así probablemente un elemento importante de la comunicación preverbal; por otra parte, las capacidades de percepción amodal del niño así como las capacidades de acuerdo afectivo transmodal del adulto, luego del bebé, se reúnen de manera muy estructurante, fundando así, sin duda, las raíces de la metaforización propia de la especie humana.

Así, a través de sus “representaciones de interacciones generalizadas”, el bebé puede progresivamente comprobar si las modalidades interactivas actuales del adulto con el cual está en relación son conformes o no con el estilo interactivo medio que ha memorizado psíquicamente de él. Este sistema funciona tanto para las variaciones emocionales discretas, como para estados psicopatológicos francos, de los cuales la depresión materna con ralentización es el ejemplo más estudiado. En este caso, el acuerdo afectivo es más unimodal, más diferido y más atenuado.

De esta manera, los afectos y su disposición dinámica toman poco a poco una función de representación del objeto, lo que, en una perspectiva de la teoría del vínculo, Fonagy modeliza igualmente, en sus trabajos sobre la función de figuración afectiva de la enunciación, lo mismo que Green, desde el punto de vista psicoanalítico, cuando evoca la función de representación del afecto.

Interacciones fantasmáticas.

Permiten al mundo interno de cada uno de los dos compañeros de interacción influenciar en el mundo interno del otro. Aquí, una vez más, el acuerdo afectivo tiene probablemente un lugar esencial, en la medida en que el estilo interactivo inconsciente de la madre, función de sus propias representaciones intrapsíquicas, permite conducir las inducciones identificativas o contraidentificativas hacia el bebé. Las diferentes investigaciones en este dominio se han interesado esencialmente en el material proyectado de la madre hacia el niño. Es sin embargo legítimo pensar que el bebé está en condiciones de influenciar las representaciones mentales de su madre, a través de sus proyecciones.

Interacciones protosimbólicas.

Ciertos comportamientos del niño son objeto de una interpretación por parte de sus

padres y toman así un significado en el seno de los intercambios que se inscriben entonces en el campo de una intencionalidad comunicativa consciente o inconsciente. El “proceso de semiotización” de los comportamientos del bebé corresponde así a una transformación gradual de un cierto número de indicios en signos, gracias al trabajo psíquico de interpretación de los adultos que se ocupan de él. El ejemplo más clásico de este proceso es la transformación de la sonrisa beatífica, que tiene valor de índice del confort interno, a la sonrisa-respuesta, que tiene el valor de signo dirigido a un interlocutor. Subrayemos que esta transformación no es posible sino gracias a la anticipación materna, descrito bajo el término de “ilusión anticipadora” por Diatkine. Así, el trabajo psíquico de los compañeros interactivos del bebé es esencial, en la medida en que permite al niño poner en marcha sus propios procesos de simbolización. No es sino gracias a las intenciones interpretativas que quienes le cuidan tienen respecto al bebé que éste puede progresivamente organizar las intenciones dirigidas hacia él (proceso descrito bajo el término de “diálogo de las atenciones”).

Regulación de los estados de vigilancia.

La vigilancia se define como el grado de disponibilidad del niño con respecto a los diferentes estímulos procedentes de su entorno. La maestría que ejerce sobre el nivel de esta disponibilidad se integra en su sistema de para-excitación. Este último constituye un sistema de filtro esencial de los estímulos externos pues:

- el niño se enfrenta al principio de su vida a un verdadero bombardeo sensitivo-sensorial.
- El aparato psíquico no puede trabajar correctamente si no es con pequeñas cantidades de energía y, para hacerlo, debe tomar de manera cíclica, del entorno, pequeñas cantidades de información. Freud subraya así el carácter activo de la función perceptiva, puesto que los órganos de los sentidos no reciben pasivamente las informaciones del exterior, sino que van al contrario por delante de ellas, “en la extremidad de los órganos de los sentidos”. Los datos neurofisiológicos recientes van en el mismo sentido, atribuyendo a la sustancia reticulada del tronco cerebral una participación en este filtraje periódico de las percepciones. Así, los trabajos sobre las otoemisiones provocadas muestran que el estímulo tratado por el cerebro para oír no es directamente el sonido externo, sino la señal sonora homothética a la señal sonora externa reconstruida por la cóclea.

Una parte del sistema de para-excitación se encuentra bajo el control del adulto a fin de evitarle al niño el doble riesgo de carencia y de sobreestimulación.

Otra parte de este sistema está de entrada bajo el control del mismo niño. En efecto, ciertos estudios han mostrado que las capacidades de atención del niño son cada vez menos solicitadas por los estímulos repetitivos, poniendo así en evidencia las reacciones de extinción progresiva en el lactante. Así mismo, el estudio llamado “succiones no nutritivas” ha permitido demostrar que la succión del niño aumenta o disminuye según crezca o decrezca el interés de éste.

Ciertos ítems de la escala de evaluación de los comportamientos neonatales de Brazelton (NBAS, Neonatal Behavioral Assessment Scale) clasifican los estados de vigilancia del niño en niveles, desde el sueño profundo a los gritos y lloros, pasando por un estado de “disponibilidad alerta” en la cual el niño está en una receptividad máxima con respecto a los estímulos exteriores. Desde esta perspectiva, el adormecimiento demuestra, según los casos, un bienestar o, al contrario, un mecanismo de defensa que le

permite huir de una atmósfera relacional vivida por él como demasiado excitante o desestabilizante.

En el seno de estos procesos de atención, es el equilibrio entre la pareja mantelamiento/desmantelamiento y los procesos de segmentación, lo que va a permitir la instauración de un funcionamiento propio del bebé: la comodalidad perceptiva, dicho de otro modo, la reunión de diferentes percepciones que emanan del objeto, abriéndole así el camino hacia la intersubjetividad.

Pareja mantelamiento/desmantelamiento.

Examinando la reconstrucción del mundo inicial de los niños autistas, Meltzer describe el concepto de desmantelamiento como un mecanismo que permite al niño separar la modalidad de percepción de sus sensaciones según el eje de sus diferentes sensorialidades. Escapa así a la vivencia desbordante de un estímulo que solicitaría de golpe y de manera permanente sus cinco sentidos simultáneamente. Este proceso intersensorial está sin duda activo en los niños autistas pero igualmente en los bebés no autistas, cuyo funcionamiento integra probablemente cierto número de mecanismos autísticos transitorios. A la inversa, el mantelamiento, ausente en el autista, permite al niño comenzar a percibir que existe una fuente común exterior de sus diferentes sensaciones, y constituir así un núcleo de intersubjetividad primaria, como volveremos a ver. En el bebé, es pues la puesta en acción de la pareja mantelamiento/desmantelamiento lo que se revela esencial en el desarrollo de este proceso.

Segmentación.

Desde la perspectiva freudiana, el carácter activo y rítmico de la función perceptiva precedentemente descrita, la segmentación, permite sentir cada estímulo sensorial como un fenómeno dinámico y no estático. Se trata pues, de un fenómeno intrasensorial, y no intersensorial como la pareja mantelamiento/desmantelamiento, en el seno del cual se distingue una segmentación central de una segmentación periférica.

La segmentación central sería la descrita más arriba, recogiendo del entorno, de manera cíclica, pequeñas cantidades de información.

La segmentación periférica sería por un lado una competencia propia del bebé, utilizando sus diferentes “esfínteres” sensoriales, pero también por otra parte una co-construcción interactiva entre el adulto y el bebé.

En efecto, el bebé es capaz de segmentar él mismo sus diferentes flujos sensoriales a nivel de la periferia de su cuerpo. El pestañeo palpebral, por ejemplo, le permite una segmentación, tan rápida como pueda ser la de su flujo visual. La segmentación auditiva se rebela más delicada: en ausencia de esfínter auditivo, hay que taponarse las orejas para no oír, lo que solo algunos bebés saben hacer. Es pues esencialmente por la variación de su atención que la voz materna puede ser segmentada por el niño.

La segmentación periférica de los diferentes flujos sensoriales es también el fruto de la dinámica de las interacciones precoces, cuyo impacto es esencial sobre las modalidades de exploración por parte del bebé del mundo que le rodea. En efecto, siguiendo el ejemplo del flujo visual, cuando las interacciones son armoniosas, descubrimos una suerte de maduración de estas modalidades de exploración.

El primer mes de la vida estaría consagrado a la fijación de la mirada del bebé sobre los blancos llamados “indeterminados” (sea porque el bebé no fija su mirada, sea porque la forma de llevarlo de la madre lo incita a cambiar sin cesar de lugar de focalización visual).

El segundo mes permitiría la fijación visual del bebé sobre el rostro de su madre.

El tercer mes estaría consagrado al descubrimiento atento de diferentes objetos exteriores gracias a una dinámica conjunta de las miradas del bebé y de la madre, apoyándose sobre la referencia precedente del rostro materno.

Si las interacciones son inadecuadas, o incluso simplemente neutras, esta maduración no se observa: la segmentación visual queda pues caótica.

En lo que concierne al flujo auditivo, la otra vía de segmentación de la voz materna se sitúa al nivel del discurso mismo de la madre, cuando ella procede a variaciones sobre la música de su lenguaje, suponiendo que esta no se haya vuelto demasiado monótona por una patología depresiva, por ejemplo.

Así, el equilibrio dinámico entre mantelamiento/desmantelamiento y segmentación, estrechamente dependiente de los procesos de atención, parece situarse pues en el centro de los procesos perceptivos, puesto que solamente una segmentación de los flujos sensoriales, con ritmos compatibles, permite el mantelamiento de las sensaciones, y por tanto el acceso a la intersubjetividad. En efecto, ningún objeto puede ser experimentado como exterior a sí mismo, mientras no sea aprehendido por al menos dos modalidades sensoriales simultáneas, lo que subraya la importancia de la comodalización, (reunión de las diferentes percepciones que emanan del objeto) como agente central del acceso a la intersubjetividad.

Este equilibrio comporta más intrínsecamente una estructura dinámica propia de cada díada. La madre juega también el papel de “director de orquesta” de las diferentes segmentaciones sensoriales de su bebé. La voz de la madre, su rostro, su “holding”, aparecen pues como factores fundamentales de facilitación o, al contrario, como obstáculos para la comodalidad perceptiva del bebé, y de su acceso a la intersubjetividad. Los procesos de subjetivación se juegan fundamentalmente en la interacción, como una coproducción de la madre y del bebé, coproducción que debe tener en cuenta a la vez el equipamiento cerebral del niño y la vida fantasmática inconsciente del adulto, cada uno de ellos pudiendo hacer efectivos o no estos diferentes facilitadores de la comodalidad perceptiva.

Emergencia de la intersubjetividad.

Viniendo de la psicología del desarrollo, la intersubjetividad es un concepto totalmente actual, es el objeto de trabajos surgidos de campos epistemológicos diferentes, teniendo así una definición de este concepto ligeramente diferente. Sin embargo, todas estas corrientes de investigación exploran, de una manera u otra, el modo en que la subjetivación se origina en la experiencia intersubjetiva.

El proceso de subjetivación puede ser considerado como una etapa del desarrollo cuya diferenciación y crecimiento psíquico permitiría al ser humano convertirse en un sujeto capaz de pensarse tal cosa y de nombrarse como tal (adquisición del “yo”).

La intersubjetividad reenvía al proceso de diferenciación extrapsíquico que permite a cada individuo vivirse como separado del otro, al mismo tiempo que sintiendo al otro como un individuo capaz de vivirse él mismo como un sujeto distinto.

Las modelizaciones psicoanalíticas clásicas afrontan el acceso a la intersubjetividad como un proceso gradual y relativamente lento a partir de un estado de indiferenciación primitiva entre la madre y el niño, e insisten en la dinámica progresiva del doble gradiente de diferenciación (extra e intrapsíquico). Inversamente, las teorías actuales de la psicología del desarrollo postulan la existencia de una intersubjetividad primaria, dada de entrada, apoyándose sobre las competencias precoces del bebé precedentemente descritas. Stern insiste notablemente sobre el hecho de que el neonato es inmediatamente apto para percibir, para representar, para memorizar y para experimentar como agente de sus propias acciones. Otros autores consideran el acceso a la intersubjetividad como el resultado de un movimiento dialéctico con finalidad estabilizadora fundado sobre un trabajo de oscilación entre los núcleos de intersubjetividad primaria, de entrada presentes, pero fugaces, y de los momentos de indiferenciación. Se correspondería pues con un movimiento de confluencia y de convergencia progresiva de estos núcleos de intersubjetividad primaria.

La descripción del amamantamiento descrito por Meltzer como un tiempo “de atracción consensual máxima” evoca bien este proceso puesto que, según él, cuando mama, el bebé tendría transitoriamente el sentimiento de que las diferentes percepciones sensitivo-sensoriales salidas de su madre (su olor, su imagen visual, el gusto de su leche, su calor, su calidad táctil, su retrato...) no son independientes unas de otras, es decir, no son separadas o “desmanteladas” temporalmente, durante el tiempo de la mamada. En estas condiciones, el bebé tendría acceso a esta vivencia de forma puntual: hay un esbozo del otro en el exterior de él, verdadero preobjeto que firma ya la existencia de un tiempo de intersubjetividad primaria. Después del amamantamiento, esta vivencia de sensaciones manteladas se difumina de nuevo, el desmantelamiento se vuelve predominante, y de mamada en mamada, el bebé experimenta esta oscilación entre mantelamiento y desmantelamiento para, finalmente, lograr hacer prevalecer el mantelamiento y por tanto la posibilidad de acceso a una intersubjetividad estabilizada.

Que la intersubjetividad no sea más que secundaria, o gradualmente adquirida a partir de núcleos de intersubjetividad primaria, esta dinámica de diferenciación extrapsíquica conlleva el riesgo de cierta violencia en la medida en que puede siempre hacerse de manera demasiado rápida o demasiado brusca, es decir de manera traumática. Sin embargo, es posible pensar que esta violencia está siempre presente, al menos parcialmente, incluso cuando esta dinámica se desarrolla de manera feliz. Diferentes trabajos sobre la génesis del lenguaje van en este sentido, subrayando la existencia de cierta forma de violencia co-substancial al desarrollo mismo del lenguaje. Pontalis y Kristeva lo han subrayado, uno en referencia a la separación y la otra al “duelo” del objeto primario. Abraham y Torok han defendido igualmente esta idea hablando del “paso de la boca vacía de seno a la boca llena de palabras”. Haag invita a considerar el mismo fenómeno cuando evoca el fenómeno de “desmutización por vocalización exclusiva” de ciertos autistas que buscan entrar en un lenguaje que no sea sinónimo de implicación intersubjetiva.

Papel de las emociones en la investidura y la representación del objeto en el bebé.

El papel del afecto está descrito en lo sucesivo como un proceso dinámico, comportando el afecto en sí mismo una dimensión de representación y de comunicación.

Los datos más recientes concernientes a la memoria van igualmente en el sentido de una estrecha intrincación entre emociones y cognición. En efecto, el afecto permite la contextualización de la engramación, pero también la evocación y la (re)construcción de los recuerdos, estos últimos ya no son en adelante considerados como trazos mnésicos más o menos estables y fijados.

Afectos y emociones ocupan igualmente un lugar central en el seno de los modelos de desarrollo, el crecimiento mental del bebé estando íntimamente correlacionado con el desarrollo de su vida emocional. En el bebé, los procesos de semiotización, consistente, como hemos visto, en una transformación gradual de índices en signos, parecen fundamentalmente afecto-dependientes, puesto que es en el marco de las interacciones precoces, centradas por el juego de los afectos y de las emociones, que se desarrollan. Así, por el lado de la comunicación emocional, que se despliega en el seno de las interacciones afectivas y se basa en los contornos rítmicos y dinámicos del acuerdo afectivo, aparece el papel central que toman las emociones en la representación del objeto y, de hecho, en la investidura de éste.

En el seno del sistema de armonización de los afectos, se construyen las “representaciones de interacciones generalizadas”, los afectos y su agenciamiento dinámico toman poco a poco una función de representación del objeto. Así, el estilo interactivo sería en sí un modo de conocimiento y de reconocimiento del objeto. Podemos pues pensar que afectos o emociones son progresivamente percibidos como una manera de pensar el objeto. En efecto, Bion precisa que los afectos no deben ser vistos como simples motivaciones pulsionales subentendiendo la actividad exploratoria o sublimatoria del objeto, sino que deben, al contrario, ser pensados como un primer modo de aprehensión y de conocimiento de éste.

El niño es muy pronto competente para decodificar las modalidades del estilo interactivo del adulto que lo cuida, dicho de otro modo del estilo relacional del objeto primario (así como de sus variaciones). Esta competencia se despliega del hecho de la capacidad del bebé de inscribir psíquicamente una media de todas sus experiencias interactivas previas, que le permite “medir” el intervalo eventual de la nueva secuencia interactiva vivida por él. Se trata aquí de un verdadero trabajo de abstracción, ya que el bebé efectúa de algún modo una tarea de extracción de ciertas invariantes interactivas, las “representaciones de interacciones generalizadas”, en relación con las cuales los intervalos experimentados a continuación constituyen sin duda, una de las vías de paso posible de los procesos de interacción fantasmática.

El acuerdo afectivo se valida de esta manera como función especular microcomportamental, puesto que ofrece al niño una señalización en espejo de su propia vivencia emocional, permitiéndole así un acceso a sí mismo desde el lado del prójimo. De esta forma queda subrayada la importancia del papel del objeto en el establecimiento de la comunicación de las emociones, y por consiguiente, la importancia de las emociones en las protorepresentaciones del objeto por el sujeto, y del sujeto por el objeto. Los objetos internos aparecen así primero como las representaciones mentales de sí en relación, en interacción con el otro, poseyendo su propia energía tendente a su actualización en el pensamiento o en la acción.

Así, si la subjetividad se desarrolla a partir de experiencias intersubjetivas, este proceso de crecimiento necesita que el bebé piense primero con el aparato de pensar de otro, antes de interiorizar esta experiencia y de construir su propio aparato de pensar. El pensamiento no se desarrolla pues más que en el vínculo con otro.

Los interaccionistas, los psicólogos del desarrollo han podido particularmente estudiar y modelizar, a su manera, tales experiencias intersubjetivas. De esta manera se ha subrayado el papel y la función esenciales de las experiencias de armonización afectiva, de compartir emociones, de regulación emocional mutua, de creación común de experiencias subjetivas. Stern da una figuración precisa de los “momentos de encuentro”, de lo que se produce en el paisaje intersubjetivo de una relación madre-bebé, cuando se realiza un encuentro. Para él, el contexto intersubjetivo, el “modo de ser-estar juntos”, es decir el conocimiento implícito compartido por cada uno de los miembros de la pareja, se desequilibra por un conocimiento nuevo, una palabra nueva... Esta perturbación, si está mutuamente reconocida, produce un momento de reencuentro que genera un nuevo estado intersubjetivo, un nuevo conocimiento implícito compartido, un nuevo modo de ser-estar juntos.

Otras aproximaciones que tienen que ver con el desarrollo, describen la manera en que el bebé busca una experiencia subjetiva compartida, para, por ejemplo, dar sentido a una situación incomprensible. El bebé busca este “compartir” a través de la utilización de lo que llamamos la “referencia social”, la “mirada referencial”, que consiste en leer en el rostro de otro el sentido emocional de una situación en la cual se encuentra el bebé y que es desconocida, o cuyo contenido afectivo es enigmático. El bebé recurre a esta maniobra para saber si puede implicarse en la situación, en la acción, si la situación no es peligrosa. Cuando la pareja del bebé indica que la situación no es peligrosa, que el bebé puede superarla, este último vive pues lo que los psicólogos del desarrollo llaman la experiencia de un “yo diádico”, la experiencia de un “ir juntos”. Fortifica su sentimiento de seguridad interior, su sentimiento de estar acompañado en su mundo interno cuando vive las experiencias de encuentro con el otro, con la realidad exterior.

Las experiencias de compartir lo intersubjetivo son precoces, primarias, el bebé teniendo de entrada, desde los primeros meses, una sensibilidad a los sentimientos, a los intereses, a las intenciones de las personas de su entorno. Se desarrollan hasta que aparece alrededor del 18º mes lo que los psicólogos del desarrollo llaman “consciencia reflexiva”, que se podría considerar como el resultado de las experiencias repetidas de compartir con el otro lo emocional y afectivo. El niño se convierte pues en un ser capaz no solamente de entrar en contacto con un sentimiento de desasosiego experimentado por otro, sino también de implicarse en esta situación con actos dirigidos al otro: el niño puede ocuparse de otro niño en desamparo, consolarlo.

En todas estas situaciones de intersubjetividad, el compartir lo intersubjetivo conduce al niño a tres tipos de experiencias, que pueden superponerse:

- la primera es el aprendizaje, la figuración del afecto del otro, de las emociones del otro, y de lo que es la comprensión de sus estados mentales;
- la segunda es la aprehensión, por parte del bebé, de sus propios afectos y emociones reflejados o indicados por el otro;
- la tercera es la exploración por parte del bebé de sus propios afectos en el interior del objeto, en el interior de otro espacio mental.

Encontramos aquí una definición de la identificación proyectiva, mecanismo de defensa por el cual el niño lucha contra la separación, contra la pérdida del objeto.

Ritmicidad de las experiencias.

Las experiencias de encuentro, de vínculo intersubjetivo, si son esenciales, si necesitan de armonización afectiva, suponen, además, una temporalidad particular. Suponen para sostener el contacto con el mundo, con el otro y consigo mismo, una ritmicidad que asegura lo experimentado de la experiencia. La ritmicidad de las experiencias concierne a la vez a la alternancia de las posiciones de apertura hacia el objeto y de repliegue narcisista, a los cambios interactivos e intersubjetivos, y a las experiencias de presencia/ausencia del objeto.

Una primera perspectiva consiste en considerar el ritmo como constitutivo de una base de seguridad. Es clásico decir que la ritmicidad de las experiencias, notablemente experiencias de presencia y de ausencia, da una ilusión de continuidad. Por esto, el objeto no debe ausentarse más tiempo del que el bebé es capaz de guardar el recuerdo vivo. Winnicott recalca el aspecto traumático de la separación que, más allá de un cierto tiempo, produce una vivencia de pérdida, y sumerge al bebé en una experiencia de agonía. El objeto no debe desmentir la promesa de reencuentro, el reencuentro debe efectuarse de manera rítmica, con un ritmo que cree la continuidad.

Haag describe, a partir de la clínica del autismo, esta estructura rítmica del primer continente. Los psicomaticistas nos acercan a la noción de “procedimientos autocalmantes”, a menudo de naturaleza rítmica, que tienen igualmente por función la de producir una zona de percepción permanente, que da al sujeto un sentimiento de seguridad y de dominio en su experiencia de sí y del mundo.

La ritmicidad como seguridad de base se observa fácilmente en el bebé ordinario. Un niño de 9 meses trata de simbolizar las partidas súbitas e imprevisibles de su madre jugando con objetos que golpea ligeramente y en varias ocasiones uno contra el otro, como si intentara experimentar y controlar el apego/desapego de los objetos que simboliza el contacto/desapego con la madre apareciendo y desapareciendo. Una observación más atenta rebela que el bebé, al mismo tiempo que realiza estos gestos con las manos y que está ocupado “conscientemente” en su exploración, está también haciendo otro gesto con los pies y las piernas: por ejemplo, frota ligeramente y de manera rítmica la planta de un pie contra el tobillo de la otra pierna. Podemos ver así como el contacto discontinuo de los objetos manipulados, representando la discontinuidad del vínculo con la madre se interpreta sobre el fondo de contacto continuo, de una zona de permanencia rítmica representando la seguridad de base del vínculo de apego.

Si la observación se prosigue, oímos al bebé parlotear, semejando contarse una historia con los juguetes que manipula. Luego inicia un juego con el observador, a quien le tiende un juguete pero sin soltarlo, juguete que él tira enseguida al suelo esperando que el observador lo recoja y se lo devuelva, etc. En un placer compartido, la separación y la permanencia del vínculo son pues simbolizados, representados, por el juego, de sí a sí, de sí al otro, sobre el fondo de la continuidad. La discontinuidad es experimentada pero es creadora cuando se experimenta sobre el fondo de la continuidad.

Tales maniobras rítmicas protegen de angustias primitivas, ligadas a la separación vivida como una pérdida. El ritmo organiza el “caos de ser en el mundo” y forma pues parte integrante del desarrollo mismo, puesto que este último supone una oscilación

rítmica de los movimientos de apertura hacia el objeto y de cierre narcisista.

Ciertos interaccionistas describen las interacciones madre-bebé como una verdadera coreografía, los ajustes, en esta danza a dos, tendentes a crear el ritmo que sostiene el encuentro intersubjetivo y el hecho de compartir la experiencia.

Existen, sin embargo, numerosos “pasos falsos”: los microanálisis de las interacciones revelan que la mayor parte de las interacciones son interacciones de ajuste, las interacciones de comunicación no representan más que un cuarto de las interacciones.

La ritmicidad de las interacciones está, además, caracterizada por una sucesión de implicaciones y retiradas. Es importante que el padre (genérico) respete las retiradas del bebé, puesto que permiten la interiorización y pertenecen por tanto al sistema para-excitación. Una implicación continua es sobreexcitante y produce entre otros hechos, retiradas relacionales anormalmente prolongadas en el bebé.

Papel del objeto en la investidura por el sujeto de sus propias emociones.

La subjetivación aparece como una interiorización de las representaciones intersubjetivas, y también en el bebé, como una interiorización progresiva de las representaciones de las interacciones. Existe paralelamente una inyección gradual en el sistema de la dinámica parental inconsciente, de toda la historia infantil de los padres, de su conflictividad edipiana, de su historia psicosexual, de su problemática inter y transgeneracional y de los numerosos efectos que en la dinámica del después (d’après-coup) se desprenden.

Así, en el seno de la díada madre-bebé, los dos compañeros interactivos se presentan cada uno con su lote de identificaciones: identificaciones proyectivas del bebé, normales o patológicas, identificaciones regresivas del adulto, fundando la “preocupación maternal primaria”, y que, devolviendo al adulto al vínculo con sus propias partes infantiles, le permiten entrar en relación emocional profunda con el bebé.

Existe una dialéctica intensa entre las identificaciones proyectivas del bebé y las identificaciones regresivas del adulto. Así, una indisponibilidad psíquica o una falta de “maleabilidad” del adulto le convierten en poco receptivo a las proyecciones del bebé, induciendo en este último una represión interactiva de los afectos, puesto que ya no funciona la vía de retorno que sostiene la puesta en forma representativa de los afectos en él.

Green subraya el doble anclaje, corporal y relacional, de la representación de cosa, y la importancia de la guía interactiva de la madre en la ayuda aportada al niño en cuanto a la puesta en marcha de sus procesos de figuración.

Construcción de un espacio de relato.

Cada vez que un adulto se ocupa de un bebé, se pone en marcha entre ellos un estilo interactivo, específico de esta pareja particular, que resulta de la puesta en juego de las características propias de los dos compañeros de la interacción.

El adulto aporta a la interacción sus capacidades de armonización afectiva, su historia, en particular la infantil, el peso de su personalidad, y el impacto del lugar que

este niño particular ocupa en el seno de su mundo representacional. La naturaleza de las proyecciones que el adulto dirige al bebé depende esencialmente de estos diferentes elementos y de su capacidad de identificación regresiva con este niño.

El bebé aporta también su parte personal al sistema interactivo, no solo por parte de su “temperamento”, sino también por su competencia para introducir en el seno de sus interacciones actuales alguna cosa teniendo que ver con sus experiencias precoces, vividas con el adulto en relación con él hoy o con otros.

Así, este encuentro es específico y representa un “espacio de relato” donde el adulto “cuenta” alguna cosa de su historia infantil y donde el bebé, conjuntamente “cuenta” algo de su historia primera. Cada uno proyecta probablemente en el otro, funcionamientos que le recuerdan sus vivencias antiguas, una especie de dinámica “transferencial” compartida se pone en marcha, a la cual sin embargo cada uno de los dos compañeros de la interacción debe saber resistirse. En efecto, el adulto no puede pedir al bebé que funcione solo a imagen del bebé que él mismo ha sido o cree haber sido, y el bebé no puede pedir a los adultos que encuentre el funcionar solamente sobre el modelo de sus primeras “imágenes” (“prototipo inconsciente de personajes orientando electivamente el modo en que el sujeto aprehende al otro, elaborado a partir de las primeras relaciones intersubjetivas reales y fantasmáticas con el entorno familiar”).

Lo que está en juego se sitúa pues en la posibilidad de escribir una “tercera historia”, que tiene en cuenta las dos historias precedentes, pero las sobrepasa y abre un espacio de creatividad común al niño y al adulto. En este proceso que se desarrolla sobre el fondo de compartir los afectos, el bebé diferencia progresivamente sus propios afectos y sus propios sentimientos y vive su vida emocional personal.

Cuestión de la existencia de un pensamiento en el bebé.

Querer circunscribir el punto inicial del nacimiento psíquico comporta ineluctablemente cierta parte de utopía. Está visto que el proceso no puede ser descrito al nivel del niño solo, en la medida en que se trata de un proceso eminentemente interactivo. La cercanía de la vida fantasmática y simbólica del bebé, tanto en sus mecanismos de instauración como en su contenido, permanece frágil, por un lado, porque no es posible conocer más que lo que el bebé muestra indirectamente, y por otra parte, porque las hipótesis reconstructivas que podemos hacer están inevitablemente filtradas por el después (l’après-coup) de nuestras propias represiones de adulto.

Funciones del pensamiento.

Desde el punto de vista de la evolución, la adquisición del pensamiento presenta cierto número de ventajas.

El pensamiento es una parte constituyente del sistema para-excitación.

En particular de la parte de éste puesta en funcionamiento por el propio niño desde los primeros días de vida, junto con la variación de sus estados de vigilancia y de su capacidad de habituación.

La representación mental, jugando un papel de “gradiente de diferenciación” entre el sujeto y el objeto externo, posee así una función de filtro protector para el narcisismo en relación con un encuentro demasiado directo y peligroso con el objeto externo. En este

contexto, la capacidad de pensamiento interviene como un medio de filtrado, permitiendo al aparato psíquico no trabajar más que sobre pequeñas cantidades de energía, condición necesaria para su buen funcionamiento, según Freud.

Por otra parte, el bebé está, al nacer, en una situación de gran dependencia de los adultos, a los que necesita como auxiliares de numerosas funciones y para evitarle estar demasiado directamente confrontado al mundo que le rodea. No es más que progresivamente, gracias a un proceso de autonomización e independencia, que el bebé interioriza y se apropia de sus diversas funciones, ligadas a sus necesidades corporales como al desarrollo de su pensamiento. El bebé se apoya pues inicialmente en el otro para pensar sus propias percepciones, prestándole el adulto, en cierto modo, su “aparato para pensar pensamientos”.

Así el sistema para-excitación del niño se muestra de entrada doblado: por una parte se encarga el adulto que asegura la función maternal (sostén, protección...), por la otra parte está mantenida también por el bebé a través de la regulación de sus estados de vigilancia, así como por sus capacidades precoces de protorepresentación mental que le aseguran un encuentro mediatizado con los objetos externos.

Pensar permite una reparación simbólica.

La de la discontinuidad necesaria de la relación del bebé con sus objetos externos. El niño adquiere así la posibilidad de replegarse sobre una figuración material, cada vez más mentalizada del objeto ausente. Las capacidades de simbolización tienen así una función defensiva de cara a la pérdida y se anclan en el “duelo” del objeto primario. Tres etapas sucesivas en la maduración de las funciones de simbolización pueden ser descritas: la primera en presencia de la madre, la segunda durante sus inevitables momentos de retiro, la tercera en su ausencia. Es de algún modo la presencia de la madre la que ayuda al niño a poder simbolizar su ausencia, dicho de otro modo, a poder interiorizar la función contenedora de ésta.

La actividad del pensamiento consolida los cimientos narcisísticos del sujeto.

El hecho de sentirse pensar conlleva la instauración de una continuidad del sentimiento de existir.

El narcisismo primario corresponde a la investidura libidinal de un Yo todavía no unificado, que encuentra su coherencia progresiva a través de este mismo movimiento de investidura y de unión. El narcisismo primario remite pues a un proceso de unión fundamental y fundador, puesto que conduce gradualmente al bebé a sentirse existir de manera unificada y continua, y a representarse su propio espacio psíquico.

La actividad representativa del bebé no tendría pues de entrada un objetivo de comunicación. Podemos imaginar que el bebé no construye enseguida representaciones para comunicar, pero que tiene primero un tiempo “auto” de actividad representativa, incluso si éste se juega naturalmente sobre el fondo necesario de intersubjetividad. La hipótesis de este tiempo “para sí” de la actividad representativa lleva pues a conferirle un papel en la instauración de los cimientos narcisísticos del niño.

Por otro lado, Stern estudia el sentido de un Sí-mismo verbal o Sí-mismo narrativo. En el “Diario de un bebé”, se mete en el cuerpo y en la mirada de un bebé, y muestra así el trabajo que éste debe hacer para llegar a unir entre ellos los diferentes episodios

interactivos y experiencias que experimenta a lo largo de su jornada. Sin este esfuerzo de unión, quedarían como acontecimientos sucesivos, independientes, yuxtapuestos y sin relación los unos con los otros.

Es el proceso de subjetivación el que se encuentra aquí evocado. En efecto, sin el sentimiento de cierta continuidad de existir en tanto que individuo separado y diferenciado, el hilo conductor de los diferentes episodios de su jornada no podría ser descubierto por el niño. Lo que hace de unión entre estas experiencias diferentes, es el sentimiento del sujeto de ser siempre él mismo a lo largo de un lapso de tiempo dado, lo que implica la instauración del narcisismo primario. El movimiento recíproco es igualmente verdadero, puesto que es el acceso a la narratividad que condiciona a la vez la instauración de este narcisismo.

Según Stern, la realidad psíquica del bebé puede recortarse en una sucesión de unidades temporales elementales, experimentadas por él de manera independiente y comportando cada una su propia dinámica. De ahí la idea “de cubierta proto o prenarrativa” desarrollada por este autor. Representa la unidad de base de la realidad psíquica infantil preverbal, orientada hacia un fin (deseo), con una estructura de tipo narrativo, una jerarquización y una estructura temporal.

Es este envoltorio prenarrativo el que permite al niño localizar invariantes a través de las repeticiones interactivas, representaciones que se inscriben en su psique bajo la forma de representaciones analógicas (“representaciones de interacciones generalizadas”). Contribuyen a la emergencia de un “Sí-mismo verbal” hacia la edad de 18 meses (tras la instauración sucesiva del sentido de un “Sí-mismo emergente” entre 0 y 2 meses, del sentido de un “Sí-mismo núcleo” entre 2 y 7 meses, y del sentido de un “Sí-mismo subjetivo” entre 7 y 18 meses).

El sentido de un “Sí-mismo verbal” se arraiga con la puesta en marcha de “esquemas de ser juntos, estar juntos”, en la forma de compartir afectos y emociones, y al final, en la búsqueda de episodios interactivos específicos o generalizados. Este sentirse un “Sí-mismo verbal” ofrece al niño la posibilidad, no inmediata, de “contarse” a sí mismo su propia historia cotidiana.

Nacimiento del pensamiento. Primeros continentes del pensamiento.

La instauración de un espacio para pensar precede ampliamente a la elaboración de los contenidos psíquicos. Esta puesta en marcha de los continentes del pensamiento remite fundamentalmente a la interiorización progresiva de una doble función, limitante y continente, del objeto primario, como ha mostrado Bick en su trabajo sobre el papel de las relaciones cutáneas precoces en la génesis de las primeras relaciones del objeto. Es así que podemos comprender el papel de ciertas depresiones maternas en el desarrollo de las dificultades de aprendizaje del niño.

También aquí, la problemática de la cimentación narcisista se encuentra en primer plano. El modelo de Bion insiste en la necesidad para el bebé de “tomar prestado” al otro su “aparato de pensar” para poder, en un segundo tiempo, metabolizar sus propias producciones psíquicas, aparato de pensar los pensamientos que podrá secundariamente interiorizar y retomar por su propia cuenta.

Este espacio psíquico atraviesa una tridimensionalización progresiva que se ancla en un sentimiento continuo de existir. Diferentes tipos de espacio psíquico han sido así

descritos por Meltzer. El espacio psíquico “unidimensional” remite al proceso “de atracción consensual máxima”, notablemente descrito a propósito del proceso de amamantamiento. El espacio psíquico “bidimensional” hace referencia a las especificidades funcionales de la adherencia, en el seno de las cuales se origina la elección del objeto transicional. El espacio psíquico “tridimensional” remite a los movimientos de identificación proyectiva o a la puesta en marcha de una “teoría del espíritu”, según la terminología cognitivista.

Instauración de los contenidos del pensamiento.

Podemos razonablemente avanzar que el mundo interno está hecho de representaciones correspondientes a la puesta en forma progresiva de las sensaciones y de las percepciones, puesta en forma re-evocable de manera cada vez más diferida en el curso del desarrollo, en función de la intervención del agente estimulante y esto sin presagiar el modo particular de representatividad (figuración u otro).

Además, no conocemos del mundo representacional del bebé más que lo que él nos muestra, haya o no una intención de su parte. Hay que destacar pues, la importancia de la contra-transferencia del observador en la descripción del acceso al mundo representacional del bebé. Es toda la cuestión de la interpretación (del pariente, del observador y del terapeuta) la que se encuentra así planteada en tanto que instrumento de conocimiento, y que se funda, implícita o explícitamente, en un punto de vista tanto psicoanalítico como filosófico, sobre el concepto de una “teoría del espíritu” a la cual el bebé debe progresivamente acceder para poder decodificar los signos que emanan de su entorno.

La concepción del desarrollo de la vida fantasmática y simbólica del bebé reposa sobre un “trípode teórico-clínico”.

Doble anclaje, corporal e interactivo, de los procesos precoces de simbolización.

El primer elemento de este trípode está constituido por el “doble anclaje, corporal e interactivo, de los procesos precoces de simbolización”.

El anclaje corporal remite a la primacía de las sensaciones. La precedencia del Yo-cuerpo adelantada por Freud se encuentra en los trabajos sobre el “Yo-piel” y sobre las cubiertas o envolturas psíquicas. El pensamiento se organiza primero y sobre todo a partir de las sensaciones, al nivel del cuerpo, y son estas sensaciones las que acceden progresivamente al estatuto de percepciones, etapa esencial de la psiquización.

Además, uno de los primeros trabajos de la psique es darse a ella misma una representación de su propio funcionamiento. Es posible que esta reflexividad de la psique se arraigue en el funcionamiento de la piel. En efecto, según Anzieu, las capacidades simultáneas de tocar y de ser tocado ofrecen un modelo del que derivan a continuación todas las otras reflexividades sensoriales y para acabar, quizás, la capacidad de pensarse pensando.

El anclaje interactivo hace referencia a la necesidad de un rodeo a través del otro, indispensable en el niño para dar progresivamente forma y sentido a sus sensaciones, destinadas a convertirse en percepciones. Pues a pesar del descubrimiento de numerosas competencias del bebé, de entrada presentes en el nacimiento, el lactante está sin embargo sometido a un bombardeo de percepciones y de estimulaciones sensitivo-sensoriales que

no está preparado para decodificar solo. A partir de las percepciones no discriminadas del niño, la madre ayuda al niño a organizar sus primeras constelaciones significantes, es decir, a establecer vínculos primitivos. Estas primeras estructuras significantes se vuelven complejas y se combinan entre ellas para dar lugar a las representaciones mentales ulteriores.

Paralelamente, las investigaciones actuales sobre el desarrollo del cerebro fetal y postnatal muestran que las conexiones que se establecen a través de la experiencia relacional de los 3 primeros años de vida pueden dar forma a la experiencia de toda una vida. Es así que la depresión materna representa un modelo de alteración del desarrollo precoz. Dawson ha mostrado que los niños de madres deprimidas tienen una actividad reducida a nivel del lóbulo frontal; esta disminución depende del tipo de depresión, y se encuentra sobretodo en los niños de madres ralentizadas, irritables e impacientes, pero no en los niños de madres deprimidas que logran interactuar con sus bebés. Hay pues un riesgo para el desarrollo, en un período sensible, y este riesgo tiene por mediador la relación.

Más allá de la importancia de este doble anclaje corporal e interactivo, hay que procurar reservar un espacio para cierta endogeneidad propia del proceso de subjetivación en si mismo. Existe una autonomía relativa del cerebro fetal en su desarrollo, por medio de su actividad eléctrica rítmica, perceptible desde la duodécima semana de gestación, que organiza el cableo neuronal y juega un papel esencial en la migración neuronal. Así, el cerebro comienza a funcionar bien antes de haber terminado su construcción. El mismo proceso que conecta el cerebro fetal conduce a la explosión del aprendizaje tras el nacimiento. Dos de los genes implicados en la actividad eléctrica de las neuronas son idénticos a los que otros estudios han ligado al aprendizaje y a la memoria; así, los fragmentos de ADN que el embrión utiliza para construir su cerebro son los mismos que permitirán más tarde al organismo adulto tratar y almacenar las informaciones nuevas.

Traducciones sucesivas y estratificadas.

El segundo elemento del trípode está ilustrado por el concepto de traducciones sucesivas y estratificadas.

Para Aulagnier, los procesos originarios, primarios y secundarios del funcionamiento psíquico van a obrar conjuntamente a lo largo de la vida del sujeto con sus efectos respectivos de puesta en forma, de puesta en escena y de puesta en sentido. Los procesos originarios constituyen el zócalo viviente y activo de los otros dos registros, el registro fantasmático (para los procesos primarios) y el registro idéico (para los procesos secundarios).

En el seno de los procesos originarios, la importancia del concepto de “pictograma” esta puesto en evidencia. En la misma perspectiva, ciertas investigaciones psicoanalíticas intentan precisar el concepto de “significante arcaico o primordial”, elemento constitutivo de las futuras representaciones mentales que derivarían entonces por combinación y por complejificación gradual. Los significantes primordiales pueden pues ser considerados como los absolutamente primeros elementos de significación, aún muy parciales y fragmentarios, situándose más acá de los escenarios fantasmáticos clásicos (procesos primarios) y de las representaciones de palabras (procesos secundarios).

Es probablemente por medio de un verdadero trabajo de categorización que se ponen en marcha estos significantes primordiales: aparición de pares contrastados

(blando/duro, liso/rugoso, caliente/frío, redondo/puntiagudo, lleno/hueco...), demarcación de las figuras emergentes sobre un fondo, delimitación del rostro humano y de sus contornos...Este trabajo de categorización se ordena sin duda, por una parte, en referencia al principio de placer/disgusto, estando los significantes primordiales fuertemente anclados en el cuerpo y las sensaciones.

Una vez colocadas estas primeras constelaciones significantes elementales (gracias a sus sensaciones y a la intervención de su pareja interactiva que le ayuda a establecer sus primeras constelaciones), el bebé debe cumplir un importante trabajo de representación de los vínculos primitivos y de las primeras uniones, en relación con la lactancia por ejemplo (unión boca-pezones).

Doble dinámica de descentración y de inclusión progresivas del continente primordial.

El último elemento del trípede que describe la maduración de los procesos de simbolización del niño implica una doble dinámica de descentración y de inclusión progresivas del continente primordial.

Inicialmente, el objeto primario contiene el psiquismo del bebé y le ayuda en su ubicación de las primeras estructuras elementales de significación en el seno de su entorno. Este primer tiempo se juega imperativamente sobre el fondo de presencia materna, en el sentido de función materna. Al final del recorrido, el niño es capaz de evocar simbólicamente a la madre ausente, ver la ausencia de la madre, que pasa así del estatuto de objeto continente, al de objeto contenido (objeto interno), paso que supone la interiorización por el niño de la función continente del objeto primario.

Entre la situación inicial y la interiorización conseguida del objeto, existe un momento de báscula, descrito por Haag bajo el término de “identificaciones intracorporales”. El bebé reinterpreta en su cuerpo y en su “teatro comportamental” cualquier cosa de la función materna, sobre todo después de momentos de hueco interactivo, es decir en presencia psíquica de la madre, pero con una distanciamiento psíquica relativa a ésta. Este autor ha mostrado así, como las maniobras corporales de recogimiento sobre la línea mediana del niño podían tener el valor de auto-sostenimiento, pero también de figuración protosimbólica de la reunión momentáneamente perdida entre la madre y el bebé.

Los vínculos con el objeto externo están condicionados por los vínculos que se establecen por el sujeto con sus objetos internos. Es la razón por la cual la cuestión de los vínculos con el objeto pasa por el estudio de los procesos de representación. No podemos separarnos del objeto externo más que si lo hemos tomado dentro de nosotros mismos, algo suficientemente preciso y fiable. Este trazo interno constituye en el fondo, algo como una duplicación del objeto, independientemente sin embargo de toda cuestión de homología entre la percepción y la representación. Para que el bebé pueda separarse de la madre, debe él también llevar consigo como un doble interiorizado.

Así, la existencia de una actividad de pensamiento de los bebés no presenta ninguna duda si incluimos sus reacciones corporales y su comportamiento más global. Es el estatus de la imagen motriz la que se encuentra así cuestionada de manera nueva por la psiquización del bebé. Si consideramos que esta imagen motriz no es sino el reflejo periférico de los procesos de pensamiento subyacentes y centrales, entonces estos, se convierten evidentemente para siempre inaccesibles a la observación. Por el contrario, si

consideramos que esta imagen motriz pertenece por sí misma al pensamiento y a la actividad representativa, damos a la observación directa de los bebés el valor de un útil precioso en cuanto al estudio de los procesos psíquicos. Así, el cuerpo es para el niño como el paso obligado de sus sistemas de simbolización y de significación. Los cuales no pueden ponerse en marcha, afinarse, especificarse y operacionalizarse, es decir semantizarse y semiotizarse, más que en función de la capacidad interpretativa del adulto y de su “empatía metaforizante”.

Establecimiento de los primeros vínculos.

En el marco del doble movimiento de diferenciación inter e intrasubjetivo que permite el crecimiento y la maduración psíquica del niño así como su acceso progresivo a la intersubjetividad, hay que distinguir la puesta en marcha de las envolturas, de los vínculos primitivos y de las relaciones propiamente dichas.

La constitución de las envolturas se efectúa en primer lugar, en una atmósfera de relativa indiferenciación sujeto-objeto; sus avatares dan lugar: a angustias arcaicas (caída sin fin, sin fondo, vaciamiento, licuefacción) y a “angustias catastróficas”, que encontramos en ciertos niños autistas.

El establecimiento de los vínculos primitivos se efectúa en una atmósfera dual, permitiendo al niño salir de la fusión, con el coste, a veces, de angustias de desapego o de arrancamiento. El advenimiento de las relaciones supone el acceso a una cierta triangulación, puesto que se organizan necesariamente en referencia a un tercero; a partir de ahí las angustias de pérdida de objeto pueden encontrarse activadas.

El niño está de entrada confrontado a la presencia del tercero pero en el seno de triangulaciones precoces, pregenitales y parciales, cuya confluencia y totalización progresiva dan más tarde lugar a la instauración de la triangulación edípica.

Entre estas triangulaciones precoces, podemos citar, en las diferentes perspectivas: la triangulación lingüística: el niño se apercibe precozmente de que una parte del lenguaje de su madre le es dirigido, mientras que otra parte se dirige hacia otra parte todavía indefinida; los “objetos de atención conjunta”. Cada vez que el niño se sitúa en un espacio no-madre que no es ni-él-ni-ella, se sitúa también en un lugar que marca el emplazamiento donde se construye ulteriormente la función paterna, “otro del objeto”, que le permite entonces entrar en la “teoría de la triangulación del tercero sustituible”.

En el seno del análisis del juego triádico, queda por comprender los mecanismos íntimos del paso de lo interpersonal a lo intrapsíquico. Es posible pensar que el movimiento de interiorización que permite el advenimiento de la triangulación edípica reposa en parte sobre la interiorización de la conflictividad parental, de lo transgeneracional y de los efectos del “después de” (après-coup) en el seno mismo de la dinámica interpersonal, siendo el bebé particularmente sensible a la dinámica fantasmática inconsciente de su entorno.

Conclusión.

Como escribe Golse, cuyos trabajos quedan centrados en los dominios abordados anteriormente, el bebé llega a un mundo nuevo donde lenguaje y pensamiento le preceden. Sin embargo, para apropiárselos, éste necesita de su cuerpo, de su entorno y de una inscripción en la historia de sus dos filiaciones, materna y paterna. Lo hemos visto, el niño

es muy pronto competente para decodificar el estilo interactivo del adulto y las variaciones de este estilo. Los continentes emocionales preceden así a los continentes de las ideas; el acceso a las emociones propias se co-construye en el seno de cada día.

Sucede, además, que el desarrollo no es de ningún modo una acumulación de adquisiciones y de conocimientos. Cada nueva etapa exige por el contrario la pérdida de un equilibrio precedente y la búsqueda de una nueva posición psíquica. Progresos tristes y triunfos nostálgicos, puesto que todo progreso para el joven niño, se origina en la pérdida o la reorganización del estado precedente.

Este texto ha sido extraído de uno de los capítulos de la Enciclopedia Médico-Quirúrgica y del tomo de Psiquiatría.

Traducido del francés al castellano por Rosa María Jurado Sanchís y Juan Larbán.